

# Recuerdo a Rufino Villalobos

por Teodoro FERNANDEZ



muchos se nos fue para siempre un gran amigo, fino poeta, auténtico sacerdote e ilustre extremeño: Rufino Villalobos Bote.

Sevillano por afecto y adopción, académico por méritos y apóstol por vocación.

Tuve el placer de conservar su sana amistad desde los años de estudiante y saborear su dulce y rosada sonrisa. Comenté sus ensayos de poeta y anhelos de virtud. Juntos asistimos al mes de ejercicios espirituales en Pedreña. Fue casi un noviciado para nuestro joven sacerdocio.

Su formación densa y evangélica en Plasencia y Comillas, logró honda y sobrenatural eficacia bajo la dirección del P. Nieto. Sus fervientes ilusiones tenían horizontes nobles e infinitos.

La primera misa solemnísimas en Jaraíz de la Vera, su patria chica, dejó recuerdos imborrables.

Temblaba de gozo y alegría cuando subía al altar por sentirse ministro de la Eucaristía:

“En torno del ara los ángeles santos  
pasmados de asombro velaron su faz...  
y vi vuestros ojos bañados en llanto  
llenando el recinto de célica paz...”

Intenté ordenar su biografía con palabras escritas por su inspirada pluma, con versos cantados por su musa y amores vertidos por su boca.

Mas es inagotable la mina de su dulce lira, y es muy larga la andadura de su vasta senda. Es inmensa la serie de sus buenas obras y son ignotas las grandezas de su santa vida.

Superan los catorce mil sus misas celebradas. Pasan de cien mil las confesiones oídas. Cerca de seis mil predicaciones sacras. Cen-

tenar y medio las villas evangelizadas. Unas tres mil las bendiciones eucarísticas. Más de siete mil las lecciones impartidas. Se elevan a veinte sus libros publicados, y casi medio centenar los folletos editados con una aproximación de cincuenta mil ejemplares distribuidos.

Una parroquia de Don Benito (Badajoz) fue su primer campo señalado para estrenar su ministerio. Exitos rotundos en la predicación selecta con unción apostólica y en su labor de celoso y santo confesor.

Vivió rebosante de emoción por la grandeza de su misión sagrada. De muy variadas formas reflejaba aquellos sentimientos de fervoroso celo. Con la sinceridad de Lope de Vega escribió este soneto:

“Las gradas del altar subiendo voy,  
lleno mi ser de la emoción más pura,  
al contemplar la celestial altura  
a que tu diestra me ha encumbrado hoy.  
De tus poderes revestido estoy  
y embriagado en la miel de tu dulzura,  
porque pienso que soy pobre criatura,  
y ya “otro Cristo” por tu gracia soy...”

Jamás se extinguió aquel fervor primero. El fuego de su amor a Cristo y sus finezas para con la Virgen fueron su ayuda y su ilusión.

Su sensibilidad de poeta lo empujó a rimar con delicadeza y unción los nobles pensamientos que siempre le enamoraron del sacerdocio y la Eucaristía:

¿Cómo es posible que me honrases tanto  
con la señal de vocación sagrada  
ante la cual un ángel se anonada  
y yo, soberbio y duro, no me espanto?”

Consciente de la trascendencia de su compromiso, Rufino quiso consagrarse libre, espontánea y generosamente al sacerdocio célibe y heroico.

Nunca llegó a su mente la duda ni la vacilación. La fidelidad a una palabra empeñada, fue su más exquisito anhelo. Durante su vida cumplió rigurosamente el reto lanzado en plena juventud:

“Quiero ser puro y limpio como un lirio  
y fiel seré a mi Dios hasta la muerte,  
sin que ante nada mi lealtad sucumba.  
¡Señor! Si ves que un día he de ofenderte,  
envíame la palma del martirio...  
¡Siempre tuyo, Jesús! ¡¡Hasta la tumba!!”



Canónigo magistral de Coria con unción sagrada en su palabra docta y celo evangélico en su ministerio cimentado en la oración profunda:

"Apóstol que en raudales de elocuencia  
multitudes inmensas atraía  
y con la voz de mago, estremecía  
las fibras de la más dura conciencia".

Canónigo metropolitano de Sevilla. Profesor y confesor. Escritor fino y elegante. Académico. Ingresó con un discurso sobre valores humanos y religiosos de Gabriel y Galán.

Su pluma produjo una torrentera de obras ampliamente difundidas. Y su contenido lleva siempre afán apostólico por su estilo, sencillez y unción.

Su auditorio siempre numeroso. Su confesionario siempre rodeado de penitentes. Sus clases profundas en doctrina y amenidad.

Misionero de la verdad y del bien por otras naciones y continentes. Mensajero de una inquietud evangélica y española.

Su vida entera escondida y santa, defendido por el hábito sacro de la limpia sotana, fue un pozo de misterios, sentires y lágrimas.

"¡Cuántas cruces en silencio!  
¡Qué soledades amargas!  
¡Cuánto amor de Jesucristo  
pregonan aquellas canas!"

Los ecos de su virtud y resignación cristiana, de su paciencia y silencio en medio de su invidencia, saltaron a la calle. Las almas le envidiaban por el garbo y la sonrisa con que todo lo superaba.

Un pensamiento suyo, poetizado ante un venerable anciano de 96 años, se me antoja que se tornó realidad como segunda edición en su vida:

"Déjame besar tus plantas!  
Que no sé qué es lo que tienes  
que por doquiera que pasas  
brotan flores de virtudes,  
de sencillez franciscana,  
y al cruzar ante mi vista...  
¡Ay! ¡eres Cristo que pasa!..."

Y de pronto, cuando tus días redentores parecían más fecundos, huiste para siempre de entre nosotros. Te marchaste en silencio, casi

de puntillas, con una llamada de urgencia. Dejaste incompleta la sinfonía de tu martirio de invidente y poeta.

Tú, amigo, cantaste en dulce rima la tristeza de

"morir sin aspirar las brisas —del mundo en su vergel,  
ni sentir las purísimas sonrisas —que hay ocultas en él".

No dudo que tu partida sea un premio, una lotería para tu alma y tu ilusión. Un gozo y recompensa a tu vida consagrada, fecunda e inmolada en el ara de tu cruz de mártir sin luz en los ojos.

Y aquel sueño de juventud que poetizaste en íntimo soliloquio, lo acabas de convertir en realidad esplendorosa y admirable.

"Bello morir, oh sí cuando se muere —siendo amigo de Dios...  
Bello es morir sin que salpique el cieno —las alas del amor  
sin que el áspid del mundo su veneno —derrame en nuestra flor.  
Bello es morir cuando pasó la vida —queriendo hacer el bien  
y tras una existencia dolorida —nos espera el Edén."

Todo fue dulce en tu vida, hasta tu enfermedad. Todo ejemplar y admirable: La palabra, el trabajo y la virtud. Sin pensarlo tú mismo lo cantaste:

"La gran lección de la vida.  
La santa humildad cristiana,  
ocultar el bien que se hace,  
sencillez sin petulancia...  
¡Y caminar por la vida  
haciendo el bien a las almas!..."

